

Carlos García Gual, *Sirenas: seducciones y metamorfosis*. Madrid: Turner, 2014. ISBN: 978-8415832294. 204 pgs.

Reviewed by: José Manuel Pedrosa
Universidad de Alcalá de Henares



Las *sirenas*, con ese nombre en concreto (de *seirén*, que podría tener alguna relación con “soga”), y con el conjunto de los rasgos estereotipados que les han sido convencionalmente atribuidos, son uno de los primeros —por cronología, por dispersión, por influencia— mitos globalizados de Occidente: el resultado de un proceso singularísimo de selección, de *amplificatio* y de *mutatio* narrativas y simbólicas que acabaron convirtiendo en leyenda universal lo que debió latir en tiempos remotos como simple leyenda oral de navegantes, limitadamente local, referida a alguna costa o islote perdido entre las playas italianas y griegas: lo suficientemente grande, eso sí, para que ellas se sintiesen cómodas sobre el “prado florido” en que las situó Homero. Una leyenda, en fin, que no sería por aquel entonces más destacada ni destacable que muchísimas otras de las que adornarían (o ensombrecerían) otros lugares cualesquiera de aquellos —y de otros— mares y costas. Gracias, todo ese intenso auge, que dista de haberse atenuado hoy, a la plataforma de su inserción en la *Odisea*, que fue obra, con la *Iliada*, que moldeó más allá de lo imaginable la mentalidad griega y la tradición basada en la memoria escrita y visual de Occidente. Del aglutinamiento, la depuración y la refundición, durante siglos, de fuentes e influencias asimiladas, descartadas o transformadas, salió el mito de las sirenas hermosas y con vistosísima cola de pez que se halla hoy incrustado en nuestro imaginario, a bastante distancia —y ahí radica acaso el interés mayor que puede tener para los mitógrafos— del de las aves monstruosas y repugnantemente hediondas con que identificaban los griegos a las sirenas.

No son, en fin, ni las sirenas con rasgos más bien ornitoformes en las que creyeron los griegos, ni las sirenas tirando a pisciformes que siguen ejerciendo su fascinación sobre el Occidente moderno, criaturas tan mitológicas como mitificadas y remitificadas. El mito de las sirenas adquirió su primer cuño carismático, es verdad, en

la Grecia antigua, aunque tenía raíces más remotas y más mezcladas, oscuramente prehistóricas, pre-letradas, flotantes y migratorias, con nexos bien atestiguados (que no serían, desde luego, exclusivos) con otros bestiarios fantásticos que bullían por el Oriente cercano y medio. Pero donde más currículum acumularon las sirenas fue en su dilatadísimo exilio ulterior. Gracias, muy particularmente en la época medieval y renacentista, a los moralistas cristianos que, a fuerza de imprecicar contra ellas las subieron —como suele pasar— a lo más alto del podio del imaginario fantástico occidental. Y gracias después a los mil y un literatos y artistas que, a fuerza de traicionar sus señas de identidad originales, añadiendo capas sucesivas de las más desbocadas ficciones, las hicieron más atrayentes y más intrigantes cuanto más fabulosamente infieles eran a sus genes.

Esta hermosa monografía de Carlos García Gual acerca de las *Sirenas: seducciones y metamorfosis*, anuncia desde el título que pone un foco sobre la función de seducción —que en los albores de su documentación fue más intelectual (o tuvo más relación con la adquisición del conocimiento) que erótica— de las sirenas en la mitología clásica; y otro foco —que al final llega a cubrir un tiempo más dilatado y un espacio más amplio— sobre los procesos de transfiguración que fueron convirtiendo a las sirenas en entes fantásticos de los más dinámicos y volubles de los que hay instalados en nuestros modos de pensar y de ser. Las sesenta primeras páginas del libro escrutan con erudición y perspicacia en los orígenes, el linaje, el nombre, el número, los atributos, el lugar, la naturaleza y el contenido de su canto. A partir de sus fuentes clásicas: Homero, Platón, Apolodoro, Apolonio de Rodas, las *Argonáuticas* órficas, Lactancio Plácido, Proclo en lugar más destacado, y muchos más autores y obras en líneas y notas más breves, pero en absoluto despreciables. La indagación del profesor García Gual se detienen además en las primeras interpretaciones que se les dieron y en sus relaciones con otros seres fantásticos (desde las harpías y las musas a los centauros), hasta llegar a la leyenda de sus tumbas en el sur de Italia o al extraño mito de Butes, el argonauta a quien la posteridad ha negado la fama que otorgó a Ulises, a pesar de que mostró más arrojo, pues echó a nadar atraído por el canto de las sirenas (más fascinador, para él, que el del Orfeo que iba en su nave) y fue sacado de allí, muy *in extremis*, por la piadosa (o enamoradiza, cualidad perfectamente comprensible en ella) Afrodita. Las versiones —algunas en traducciones directas del propio García Gual— y la revisión crítica del mito son de interés máximo, como es de esperar en un libro firmado por un profesor que además de ser un helenista expertísimo, y un especialista muy reconocido en la historia de la impregnación de la mitología clásica en todas las épocas y corrientes de la cultura (de la literatura, el arte, la música) de la posteridad occidental, se ha caracterizado siempre por el estilo diáfano, luminoso, preciso de su prosa y de su verso.

El resto (las otras casi ciento cincuenta páginas) del libro es un recorrido que tiene un tanto de majestuoso y otro tanto de abigarrado por muchas de las versiones e inversiones del mito de las sirenas en Occidente. Tantas que se echa de menos un índice (de autores y de obras) que tienda algún hilo al fascinado lector y *voyeur* de tantas y tan apretadas páginas e imágenes. Más aún por cuanto que el profesor García Gual no ha buscado una ordenación cronológica, ni geográfica, ni estrechamente temática, a la que posiblemente nadie podría llegar, puesto que el mito, o más bien los procesos de *mitologización y remitologización* de las sirenas, han sido esencialmente híbridos, promiscuos, cruzados, aleatorios. Boccaccio, Natale Conti, Pérez de Moya, los bestiarios, los moralistas cristianos, los filósofos y autores de libros de emblemas... el *Roman de Troie* y su descendencia... Ondina, Melusina, Loreley... Paracelso, Colón, Torquemada, Mexía... Dante, Petrarca, Ronsard, Fray Luis de León, Calderón, Góngora, Quevedo... La Motte-Fouqué, Andersen, Kingsley, Morris, Wilde, Pascoli,

Kafka, Joyce, Lampedusa, Brecht, Cernuda, Eliot, Walcott, Monterroso, Luis Alberto de Cuenca, José Emilio Pacheco... Adorno, Horkheimer, Blanchot, Todorov... (la reindexación es mía e imperfecta). Son algunos de los nombres, no todos, que sacan a pasear sus sirenas infieles y perturbadoras por las páginas que ha agavillado García Gual en este libro. Las reproducciones fotográficas de cerámicas, mosaicos, tallas, pinturas, códices, son, por cierto de gran calidad.

Apura bastante, pero no agota esta hermosa monografía —que tiene algo de monstruo con cara de tratado divulgativo de alto nivel, cuerpo de hermosa antología, y patas de estudio crítico de larga erudición— el elenco de los nombres y obras (occidentales) posibles. Se decanta muy decididamente hacia la tradición y conceptualización más canónica, más (re)clasicista, quizá más elitista y digerible para el gusto del lector globalizado de hoy, del mito de las sirenas. Cita muy de pasada, sí, en la página 129, a la *mami wata* o *mami water* (“madre del agua”) de alguna remota tradición oral congoleña, o da cuenta, en las páginas 160-162, de alguna leyenda tomada del folclore neohelénico moderno. Pero no se detiene en la sirena hispana medieval (y entrañablemente folclórica) por excelencia, que es la doña *Marinha* sobre la que últimamente han visto la luz los estudios de François Delpech, “La légende de Dona *Marinha*: mythologie et généalogie”, *Cuadernos de Estudios Gallegos* 55 (2008) pp. 407-426; Delpech, “Dona *Marinha*: avatars auriséculars”, *L’Imaginaire des espaces aquatiques en Espagne et au Portugal*, ed. François Delpech, (París: Presses Sorbonne Nouvelle, 2009) pp. 237-259; y Marco V. García Quintela, “Mariña concubina, Mariña virgen, Boand adúltera: fecundidad extramarital y genealogía de los paisajes”, en *Folclore y leyendas en la Península Ibérica: en torno a la obra de François Delpech*, eds. María Tausiet y Hélène Tropé (Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014) pp. 57-80. Ni se fija en otras sirenas folclóricas de pelajes (o de escamas) raros y distintos, como las que últimamente han sido avistadas en las páginas de *La bruja del mar y otros cuentos de los hojalateros escoceses* de Duncan Williamson (trad. Javier Cardeña Contreras, Calambur, 2012) o *La sirena de Alamares y otros cuentos populares portugueses* (trad. José Luis Garrosa Gude, Calambur, 2013).

La preferencia del libro de García Gual por la historiografía literaria, cultural y artística *occidentalocéntrica*, y no por las (siempre más proclives a la *excentricidad*) indagaciones folclóricas, etnológicas o antropológicas, es no solo legítima y respetable, sino también obligada por la limitación de la páginas, y necesaria para que el libro mantenga una cierta unidad de estilo y de concepto: algo que es tan difícil de lograr y de aquilatar, en aguas tan cruzadas por corrientes diversas como las que abrigan sirenas. Es profundamente coherente, además, con una de sus representaciones emblemáticas (el profesor García Gual le dedica énfasis y páginas clarividentes): la que muestra a la sirena dedicada a mirarse a sí misma en el espejo, o a ofrecer a los demás una perspectiva especular del conocimiento. Recuérdese que a Ulises le ofrecieron las sirenas contarle, o más bien cantarle, “todo cuanto en la amplia Troya [en la que él había estado, y en cuyo relato él se hubiera visto entonces reflejado como en un espejo] penaron argivos y troyanos”, y además todo “cuanto acontece en la tierra prolífica”. Como si ellas tuvieran la facultad de tender al pasajero un espejo o un cristal mágico que pudiesen mezclar la textura (*textos* al fin y al cabo) de las imágenes, de las palabras y del mundo.

El mito occidental de las sirenas es reflejo, también, de la afición de Occidente a mirarse en su propio espejo, a sacar a andar en cuanto puede sus cadáveres (más bien sus zombis) más íntimos (si a las sirenas las mató Homero, ¿cómo se entiende que hayan sido avistadas después en tantos lugares y en tantos libros?), a no reconocerse más que en los brillos de sí mismo. En todas las costas y en muchos ríos del África

occidental, o de las tierras e islas que van desde Brasil hasta Cuba, o de las que hay al sur de Chile, o en los lagos del interior de México, bullen ahora mismo (esperando que vaya alguien a escucharlos, apreciarlos, recogerlos) no miles, sino millones de relatos orales, de altares, santuarios, rituales religiosos, iconografías subyugantes, de *mami watas*, *yemayás*, *pincoyas* y un sinnúmero más de seres aledaños, hermanos o primos pobres de nuestras preclaras sirenas. Adjunto dos fotografías hechas por mí en 2013 de un altar y de un fresco de Yemayá montados en un humilde embarcadero de pescadores de Salvador de Bahía, Brasil. Y recomiendo la experiencia de ver y escuchar, en video y en la página *web Base de datos de materiales orales en México*, los abundantes relatos (muchos de ellos indígenas) acerca de sirenas que filman Berenice Granados y Santiago Cortés en tierras y riberas de México. Conforman, todos esos (miles, millones) de mitos y de ritos aún vivos, un mosaico bullicioso, esplendoroso, y podrían ser un laboratorio de análisis apabullantemente significativo de la gran familia narrativa de la que nuestras sirenas no son más que piezas concretas.

Pero ni siquiera el señuelo oportunista de sus paralelismos incuestionables con la tradición canónica de Occidente es suficiente para que los miembros del *establishment* académico de aquí arriba accedamos a ponerles el sello de entrada a nuestros camposantos de exquisiteces literarias y artísticas, ni para que nos atrevamos a encender ningún foco de luz apreciable sobre ese intenso y perturbador bestiario que preferimos relegar al subsuelo, o al sur, o (con algo de suerte) a la lista de las lecturas y preocupaciones pendientes, o al olvido total.

Siempre será preferible una sirena blanca y occidental, con los papeles en regla, más aún si están firmados por nuestros mejores literatos y artistas, muda y ensimismada (y que nos ensimisme a nosotros) frente al espejo, que una sirena de quién sabe dónde y de qué color, que se muestre dispuesta a abrir la boca de verdad y a revelar algo tan perturbador (o tan intolerable) para los hombres (y para los eruditos) occidentales como es aquello que prometían las sirenas de Homero: conocer todo “cuanto acontece en la tierra prolífica”.

